



## EL MAESTRO Y EL NIÑO

por María Eugenia de ELIAS

Aquella noche el tío Claudio notaba en sus sobrinitos cierto apresuramiento en retirarse, lo que le extrañó mucho, recordando las interminables y acostumbradas tiradas de bigote de Amalia y Ernestito.

—Por qué quieren irse, nenes? —preguntóles.

—Mamita nos ha prometido contar una linda historia...

—Y sobre qué les hablas a tus hijos? —interrogó el excelente hombre a su hermana.

—Yo quería aquello de los soldaditos, —replicó Ernesto sin esperar la respuesta de la señora.

—No, mamita; contáanos cómo se ahogó la muñeca, —intervino la nena largándose a llorar.

—Pero, mis queridos sobrinos! Yo os voy a relatar algo mejor que eso. Te acuerdas de lo del colegio, Luis? —Sí! Pues me parece que tus hijos están en edad de dejar esas boberías, que no les produce otro efecto que el de perder el reposo.

—Bah! Como tú quieras, Claudio. Yo lo hago para que se duerman.

—Pero ahí está tu error. Los nenes, como todos, llevan a sus sueños las impresiones del día, que en ellos son más nítidas cuanto más cercanas a la hora del silencio. Es así como...

—Bueno, tío, cuente, interrumpieron Ernesto y Amalia. Pero acuérdese que si no nos gusta... Y hacen al propio tiempo un graciosísimo mohín.

—Bueno, ahí va el cuento. Una vez había...

—Oh!, tío, comilenzas como mamita, —dijeron en son de mofa las criaturas.

—Silencio! —dijo la señora. —Y tú, Claudio, callate un rato que mejor es contártelo en la cama.

—Tienes razón, hermana querida, —replicó el tío.

—¿Estamos? Bueno. Como les decía, queridos sobrinos, es un cuento de colegio. A propósito; ¿a ustedes les igraida la escuela?

—Sí, yo quiero mucho a mi maestro, que es buena y linda, —contestó Amalia.

—Pues a mí el maestro me tiene fastidiado. Siempre me persigue con penitencias, —replicó Ernesto.

—Está bien; yo creo que al final de este cuento, tú lo has de querer con toda el alma, como tu hermanita.

La escuela donde asistían Juan y Alberto, dos niños buenos, era pequeña. Estaba situada lejos de aquí y era la única del pueblo. Un viejo maestro tomaba todos los días la cartilla y comenzaba pacientemente el deleite. Algunos alumnos llegaban después de mucho caminar, tanto como ustedes aquí en la ciudad, no serían capaces de realizar, sin nácerles la mala idea de la "rabona". Pero ahí los niños asistían con puntualidad, porque las buenas costumbres se conservan en los campos, como las flores. En todo momento, en los recreos y lecciones, los compañeros notaban que las atenciones del maestro se duplicaba cuando se dirigía a Juan. La verdad era que el maestro se singularizaba con el alumno, por tener Juan grandes prendas de carácter. Era bueno, inteligente y aplicado ese niño, no como tú, Ernesto, que ya hablaste mal de tu maestro sin comprender sus sacrificios.

Una mañana, Juan y Alberto encontraron al profesor, que tantas cosas lindas decía en clase. Lo hallaron triste, caminando apoyado en el inseparable bastón y murmurando frases, como si tuviera dentro de sí alguien a quien responderla...

—Buenos días, señor maestro, —dijeron los respetuosos niños, quitándose la gorra y...

—Lo mismo que hacemos nosotros, —interrumpió Ernesto.

—Bueno. —Que sigas así siempre. Como les contaba, Juan y Alberto saludaron al viejo maestro que, sorprendido en sus meditaciones, no tuvo más tiempo que el necesario para "cambiar de cara".

—Buenos días, hijitos, —contestó, acariciándolos con marcada tristeza. —Juan, como se sabía mimado y era

inteligente, se atrevió a preguntarle: —Se siente enfermo, señor maestro?

Los viejos son como las criaturas. En los momentos de angustia y cuando se sienten rodeados de afectos, vuelcan el corazón, se hacen confidantes. Es decir, queridos sobrinos, que cuentan todo lo que les pasa. Es así como el maestro dijo a Juan:

—Voy a manifestarte por qué me ves triste. Hace mucho que llego como hoy, a esta casita, para dar a los niños todo lo que sé; para experimentar el inmenso placer de verlos inclinados sobre el alfabeto, queriendo así como deshacer los libros, para encontrar dentro el secreto de todo lo que les enseño y les digo. Hacen como con los juguetes, que abren y despiertan para dar con el misterio de su mecanismo. Yo ya considero e tocado mía; me pertenece y sería una herencia abandonada, si llega pronto el fin de mi muerte...

—Pero señor maestro, no llore. Mire que le queremos mucho, —dijo Juan, que no hallaba mejores frases para calmarlo.

—Sí, sé que me quieren. Pero, continuó, cuando yo muera, esta escuela querida, que veo hace treinta años, donde están todos ustedes, que son los únicos hijos que he tenido...

—Yo... no pienso en que usted muera... —dijo titubeando el niño. —Pero si es una desgracia que ello suceda, como usted nos ha enseñado, tómase no vendrá otra para seguir siendo bueno con los niños, como lo es usted?

—Calla, hijo. Venir, vendrá, sí, pero esta es mi obra y, ¡tómase no te afectara que lo perteneciente a tus padres, lo tomaran otros que sus hijos! Yo venía pensando, continuó el anciano, animándose de súbito, en que tú eras el mejor de mis alumnos. Si

estuvieras en la ciudad, allá lejos, tal vez seguiras estudiando y después, grandecito, ocuparías mi puesto.

—¿Y es Linda la ciudad, maestro? —interrogó Juan, que no por inteligente y bueno había perdido la curiosidad infantil.

—¡Oh! Allí hay Lindas escuelas, grandes calles, jardines, mucha gente. Pero, no hablamos más de esto, que es una locura, dijo el maestro, que se sintió alegre en cuanto llegaron a la escuela.

Juan se quedó ese día triste y pensativo, sin jugar con sus compañeros. Llegado a su casa, a las interrogaciones de su mamita, respondió contando lo sucedido y exclamando con una seguridad que la dejó estupefacta:

—Mamita: quiero ir a la ciudad y ser maestro!

Rieron los presentes de esa decisión, pero ante la insistencia de Juan, un tío que había allí, bueno como yo, le dijo:

—¿Quieres ir a la ciudad? Yo te llevo; aprenderás, serás un honabrecito y después, vendrás a reemplazar a tu querido maestro.

La mamá intervino, resolviendo poner a prueba el corazón de su hijo, preguntándole:

—Juan: ¿prefieres dejar a la mamá por hacer lo que ha dicho el maestro?

Y el niño tuvo una contestación, amados sobrinos, digna de ejemplo. Dijo a su mamá:

—Si yo te quiero aquí, ¡tómase no te querré más lejos! Y si estudio por ese maestro, ¡no es más lindo que sean dos y no uno, los que esperen ansiosos mi vuelta?...

Lloró mucho la madre, al notar que todos admiraban la respuesta, pero nadie pudo vencer las insistencias de

## Te "Abadía"

El te más aromático  
y el más fresco.

Envasado en Lon-  
dres, por Aitken,  
Melrose & Co. Ltd



Único agente para las Repúblicas Argentina, Uruguay y Paraguay:

FEDERICO PEREA

Lima, 1672 — Buenos Aires

U. T. 616, B. Orden — C. T. 220, Sud.

Agente en ROSARIO:

RAFFO Hnos. y PERONA

1247 — San Juan — 1251

Juan. El tío bueno como yo, se lo llevó.

Pasaron los años y Juancito adelantaba estudiando con entusiasmo. Sufría mucho al no ver la mamá bebiéndolo de mañana, pero una fuerza extraña lo sostuvo.

Allí, en la vieja escuela, el anciano maestro se doblegaba, triste, por la ausencia del alumno. Un día, las fuerzas lo abandonaron. Ya no se acordaba de los años. Habió pasado tanto... Se enfermó poco a poco, como un árbol que se inclinara lentamente. Un curandero dijo que pronto moriría... Todo el pueblo se aglomeró cerca del sitio donde vivía aquel bienhechor. Era un verdadero dios, porque había enseñado a tantos hombres!

Alguién vió llegar de repente, por el camino de la aldea, un carretón que avanzaba de prisa. Cuando hizo alto, cerca de la escuela, un mozo bien puesto, se arrojó al suelo. Acerózse...

—¡Es Juan!... —gritaron varios de los viejos pobladores. Y entre los estrujones de todos, antes de llegar a la casa materna, Juan, en efecto, pisaba los umbralés de la escuela. Se precipitó en las aulas, recorrió todas y al verlas vacías, fuése al dormitorio del maestro. Y allí lo vió tendido, casi en agonía...

—Maestro mío! —gritó desesperado. —Vengo a reemplazarlo, a que descanse!

El maestro tuvo un momento de extrema lucidez, al reconocer ese chico querido que un día aconsejara. Abrazado a él, lloró largo rato y luego, entre la emoción suya y el silencio impresionante de todos, —dijo:

—Esta escuela es mi herencia; te la ofrendo. En ella siempre se enseñó algo bueno y se hizo olvidar algo malo. Durante treinta años, el que llegó aquí se fué más grande y el que entró, dejó su ignorancia y sus malas costumbres. Que siga siendo este sitio, sitio de purificación, de bondad y saber. En tus manos dejo tranquilo mi obra, porque sé que eres honrado, inteligente y bueno. Y dándole un beso, se murió...

Y es así, sobrinitos: queridos, como un niño bueno se fué lejos de su mamá, doliéndole el corazón, para poder dar su saber a todos y dejar morir feliz a un anciano maestro.

No contestaron Amalia ni Ernesto. Se dormían en esos momentos, pero una sonrisa angelical. Indicaba que iban a penetrar en el reino del sueño con el alma y el corazón llenos de júbilo...

A la mañana siguiente, como una manifestación infantil que no pudiera ser más profunda, Ernesto, al besar la querida mamá, —dijo interrogando:

—Verdad, mamá, que anoche Claudio estaba lindo?...

## ¿SABES DE PASIÓN IGUAL?

Una luna que se esconde  
cuando el sol la va a besar,  
y unas estrellas que acechan  
a la luna, sin cesar...

El sol corre tras la luna,  
la luna se lanza al mar,  
y las estrellas los siguen  
por saber a dónde van.

Frente a frente se encontraron  
una tarde, junto al mar;  
la luna lloró un instante  
y el sol se puso a temblar...

Eternamente la luna  
se esconde bajo del mar,  
y el sol ansiendo sus besos  
la persigue sin cesar.

Y las estrellas conversan  
en su ardiente titilar;  
unas dicen que se adoran,  
otras dicen: ¡Se han de odiar!

Amor u odio tan grandes  
nunca en el mundo has de hallar;  
todo pasa, y, como un soplo,  
dura un instante, y se va...

Erlinda R. VADELA.